

PRIMERA CARTA

Caracas, 8 de marzo de 1963

Hermanos muy amados en los corazones de Jesús y de María:

Que la paz del Señor permanezca en nuestras almas. Que su Espíritu Santo nos ilumine siempre para cumplir fielmente la Voluntad del Padre.

Hoy es cuando ha “despertado” la esclava del Señor, después de haber dormido en Él durante estos días sirviendo solamente como “instrumento”, teléfono transmisor de Su voz.

Hermanos, ¿cómo puede agradecer la esclava la bondad, la caridad, la docilidad, la paciencia y el amor de vosotros para con el “instrumento” del Señor?: Atentos unos al repicar del “teléfono” poniendo toda atención a la voz del Amo solamente, que por medio de él transmitía Su mensaje; alertas otros, porque con el mensaje del Amo venían los “ruidos” molestos producidos a veces por la imperfección del “instrumento”, otras veces porque “aves de rapiña”, enemigos del Amo, posándose en las “líneas” no dejaban llegar la pureza del mensaje. Un poco atemorizados unos y otros por el misterio oculto en el mensaje.

¡Oh, hermanos, cuánto agradece la esclava esta cooperación con el “telefonito”, haciéndole recordar en todo momento, unos en una forma, otros de otra, su condición de “instrumento”! Porque, en verdad, es difícil para un “instrumento” que posee libertad permanecer en la condición *pura* de “instru-

mento”, sin apropiarse aquello grande o pequeño que pasa por él. Y de esta pureza del “instrumento” dependía también la lección que por medio del mensaje podía recibir la esclava. Si ella despertaba apropiándose la acción del “instrumento”, el mensaje se convertía en veneno para su alma.

Pero gracias a vosotros, la esclava permaneció dormida en su Señor y el mensaje fue vida y fecundidad para su alma.

Gracias a Él por habernos elegido y a vosotros por haber correspondido.

Ayer pensaba: he cumplido mi misión con estas almas, debo desaparecer de sus vidas, ya el “instrumento” ha transmitido el mensaje del Amo. Pero hoy, al “despertar” la esclava ha escuchado la voz de su Señor que le dice: *«Estás equivocada, ahora empieza tu misión con esas almas: unas veces como esclava, otras como esposa de su Amo, pero siempre como instrumento dócil para atender a sus llamados de acuerdo a mi voluntad. Tú me perteneces y eso significa no pertenecerte a ti misma, sino a las almas que Yo pongo en tu vida para unirlas más a mi Vida, cumpliendo así la Voluntad de mi Padre que me las ha dado...»*.

Así, hermanos, mis hermanos muy amados en el Corazón de la Madre, ya conocen la voluntad de nuestro Señor. Yo sólo puedo decirles: disponed de mí cuando, como y en la forma que queráis.

Yo corresponderé a vuestro llamado de acuerdo a Su Voluntad.

Oremos al Señor para que seamos fieles, tanto vosotros en llamar como yo en responder al llamado. Permanezcamos unidos en el mismo Espíritu para que lleguemos a ser uno con el Hijo en el seno del Padre. No apartemos nuestra mirada del modelo: ¡María! Entreguémosle nuestro corazón para que al contacto del suyo se haga manso y humilde como Aquel que se formó en su seno.

Con todo el amor que puede sentir mi corazón, estoy para servirles de acuerdo a la voluntad de mi Señor.

la esclava del Señor

(pp.17-20)

Esta primera carta marca el comienzo de la misión de la esclava del Señor con las almas, que el mismo Señor irá atrayendo a su lado. Un giro en una vida que repercutirá en infinidad de vidas.



Preguntas y Respuestas

- Enero 1982 -

2. *¿Qué significa haber “despertado” después de haber “dormido” en Él, sirviendo solamente como teléfono transmisor de Su voz?*

Significa que mientras estaba sirviendo como “instrumento” no me daba cuenta ni siquiera de que era un “instrumento”; transmitía naturalmente aquello que se manifestaba en mi interior y en ese momento parecía tan natural como si venía de mí misma. Después de unos días me di cuenta de que aquello era extraordinario porque empecé a sentir los efectos de aquella gracia, al observar cambios que se operaban en mi vida práctica. Por ejemplo, sentía un amor especial por las demás personas, como si fuesen mis hermanos, y empecé a ver sus defectos como míos propios, y al querer enjuiciarlos, terminaba enjuiciándome a mí misma.

4. *¿Qué quieres decir con esos “ruidos” molestos producidos por la imperfección del “instrumento”?*

Esos “ruidos” molestos eran la euforia que yo manifestaba al transmitir aquello que sentía; y para algunas personas presentes, especialmente el sacerdote, era obstáculo la vehemencia de mis expresiones porque “no era propio de personas espirituales que debían ser menos expresivas, más reposadas”, y yo en esos momentos vibraba de emoción por lo que estaba “recibiendo” y comprendiendo interiormente, y al quererlo transmitir con palabras, éstas no llegaban a expresar lo que para mí era inexpresable; y como no tengo ninguna formación, ni conocimiento de vida espiritual, me comportaba espontáneamente como lo que era: vehemente y emocionalmente extrovertida.

6. *¿Podrías explicarme por qué dices que unos y otros estaban atemorizados por el misterio oculto en el Mensaje?*

Unos y otros estaban atemorizados por el misterio oculto en el Mensaje, porque la Palabra de Dios siempre encierra un “misterio oculto” para el ser humano, porque resulta inexplicable para su razón. Por ejemplo, “muerte propia”, “negación de sí mismo”, “renuncia a todo aquello que no sea Voluntad de Dios”, “vida eterna”, etc. Cuando se empezó a manifestar la Palabra de Dios con estas exigencias propias de la Vida Divina, las personas que me acompañaban en ese momento sentían temor y duda porque todo estaba fuera de lo que ellos habían conocido como práctica de la religión católica que profesaban, y se decían: “...Dios no puede manifestarse directamente al ser humano, sino a través de una autoridad establecida”, etc., etc.

El temor de las exigencias de Dios, escuchadas en la propia conciencia, es lo que lleva al ser humano a depender de otros hombres que estando en sí mismos no exigen la muerte al “yo”. Es la continuación de aquellas palabras que el pueblo elegido pronunció a Moisés en el desierto: «*Hablanos tú y te*

escuchamos, pero no nos hable Dios, no muramos» (Ex 20,19); el ser humano vive ante el temor de la muerte propia, muerte del “yo”, la cual se manifiesta en la muerte física.

Todo esto sucede mientras el alma, el ser humano, no ha tenido la experiencia del Dios Vivo en sí mismo. Después de esa experiencia la incertidumbre se convierte en seguridad y gozo inefable. Seguridad en Aquel que se le manifiesta dándole a conocer *experimentalmente* la absoluta indigencia de su condición humana. Entonces la muerte, lejos de ser extinción de la vida, se convierte en liberación para una vida mejor.

8. *¿Cómo puede una persona permanecer en la condición pura de “instrumento”, sin apropiarse aquello que pasa por él?*

Para que una persona permanezca en la condición *pura* de “instrumento”, sin apropiarse aquello que pasa por él, tiene que negarse a sí misma, muriendo a toda forma de egoísmo en cada uno de sus actos, en un olvido total de sí para servicio de Dios en las demás personas. Cualquier pensamiento orientado al “yo” induce a la apropiación de lo que Dios le da y que sólo Él debe darlo a los demás.

Por ejemplo, al presentar lo que se recibe de Dios, no debe ser filtrado por la razón pensando en cómo lo pueden juzgar las demás personas que lo reciben; esto sería apropiación de la Palabra; sino presentarlo con la misma pureza como se recibió, en la confianza de que Dios mismo obra en las almas y a su tiempo la Palabra dará el “fruto” necesario para cada uno.

11. *Entonces, ¿quieres decir que el “yo” humano desaparece cuando el Ser toma una persona como “instrumento”?*

No, de ninguna manera; el “yo” permanece hasta el final. Lo que pasa es que a medida que la persona se niega a sí misma, su “yo” se va orientando progresivamente a Dios, su verdadero Ser, y cuando ese “yo” se afirme en Él, entonces es el Ser quien vive en lo humano de esa persona. Pero esto no es una cosa fácil, ni se da en poco tiempo; yo creo que hasta el final de nuestra vida estamos en ese proceso de muerte y negación a nuestro “yo”.

23. *¿En qué sentido María es nuestro modelo? ¿Y cómo podemos entregar el corazón a María?*

María es nuestro modelo en su vida de humildad y sometimiento incondicional a la Voluntad Divina. Y podemos entregar el corazón a ella, siguiendo su ejemplo de vida, siendo fieles a la Palabra de Dios que escuchamos en nuestro corazón como hizo ella: «*Hágase en mí según tu Palabra...*», encarnándose en ella la Palabra recibida: «*Darás a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús*». Lo que debe suceder en cada ser humano que recibe la Palabra de Dios en su corazón.

Esa Palabra que ha hecho contacto en el interior de cada ser humano, si encuentra las condiciones necesarias, llevaría a la muerte propia a aquel que la recibe. Se hará carne de su carne; esto es, se *encarnará* en aquél que la ha recibido, viniendo éste a formar parte del “Hombre Total”.

Para cada ser humano hay una “Palabra” única que debe ser “escuchada” y puesta en práctica para su propia Realización, a través de la negación del “yo”. De este modo el Verbo se hace carne en todos y cada uno.

Esa Palabra no se “percibe” por los oídos, se percibe en el corazón; esto es una Fuerza Activa que brota de adentro y se revela en la Conciencia y que puede ser activada por el contacto con una realidad externa: una palabra escuchada, una lectura, el encuentro con el amor en el opuesto complementa-

rio, cualquier acontecimiento de nuestra vida: la muerte de un ser querido, el encuentro con otra persona que hace contacto con nuestra Realidad interior, etc., pero su Fuerza reside dentro de cada uno, como reside la vida en la semilla, que germina al contacto con la tierra, la lluvia, el sol, etc.

Así como hay diversidad de semillas, frutos y plantas, la Palabra de Dios se revela en diversidad de formas en cada ser humano, manifestándose en cada uno un aspecto único del Verbo, el Unigénito. No existirán dos aspectos iguales.



SEGUNDA CARTA

Caracas, 29 de marzo de 1963

Hermanos muy amados en Cristo Jesús:

En estos días que paso de retiro en contacto más directo, digamos así, con nuestro amado Señor, no puedo apartarles un momento de mi mente como si en espíritu nos encontráramos reunidos en el mismo Espíritu.

En estos momentos de profunda intimidad, mi corazón se ensancha en contacto con Aquel Corazón infinitamente misericordioso y no puede menos que abarcar en él a todos nuestros hermanos que existen y han existido desde el principio de la Creación. Son momentos de dolor intenso por todos nuestros pecados cometidos y también momentos de gozo indescriptible por gracias recibidas.

Cuánta responsabilidad para nosotros, queridos hermanos, que vivimos en una época que podemos llamar de plenitud: plenitud de “pecado, plenitud de gracias.

No puedo dejar de hacerles participar de estas meditaciones, porque creo quiere el Señor que tanto gozo como dolor

comparta con vosotros para que también juntamente un día compartamos los frutos de los mismos. He aquí la meditación a la cual me refiero:

Siendo esclavos del “enemigo” por el pecado, en el bautismo, por los méritos de Cristo, fuimos libertados. Pero habiendo quedado libres podemos caer en la misma esclavitud si no cumplimos con pureza de corazón la doctrina que el mismo Cristo nos ha dejado. Así como nuestros miembros estaban al servicio de nuestro “enemigo” obedeciendo a la concupiscencia de la carne, por un movimiento libre de nuestra voluntad debemos poner esos miembros al servicio de Dios para que en sus manos se conviertan en instrumentos de justicia aquellos que fueron en manos del “enemigo” instrumentos de iniquidad.

Nos dice el Espíritu Santo por medio de San Pablo: «*Como pusisteis vuestros miembros al servicio de la impureza y de la iniquidad, así ahora entregad vuestros miembros al servicio de la justicia para la santidad*».

¡Cuántos pecados horribles hemos cometido con los miembros de nuestro cuerpo! Y cuando digo: “de nuestro cuerpo” no me refiero solamente a este cuerpo que conocemos o llevamos ahora; puede ser que Su gracia nos haya impedido o preservado de cometerlos en él, pero, ¿no debemos mirar como cuerpo nuestro a nuestros hermanos desde el principio del mundo?

¿No es el pecado de Adán mi pecado? ¿No es el pecado de Caín mi pecado? También el pecado de David, Salomón y los de cada uno de mis hermanos, ¿no son también mis pecados? Yo en ellos hice lo que no agradaba a Dios. Y si no lo hice, ¿cómo puedo decir que Cristo tomó sobre sí mis pecados? ¿Cómo puedo decir que por Él he sido justificada ante el Padre?

Si por *el sacrificio* de Abel, la *obediencia* de Noé, la *fe* de Abraham, la *oracional* Moisés y el *fiat* de María nos fue dado

el Redentor, que no sólo por ellos vino, sino también por mí y por todas las almas que han existido y han de existir *hasta* el último día, justo es que si participo del premio que en alguna forma “merecieron” los fieles, también me sienta deudora por las infidelidades de aquellos otros.

Y ¿cómo debo reparar ante la Justicia Divina? ¿No es poniendo a Su servicio como instrumentos de santidad los mismos miembros que pusieron ellos como armas de iniquidad al servicio del “enemigo”?

Esto, a mi juicio, es reparar: Los mismos miembros que usaron mis hermanos poniéndolos al servicio del “enemigo” para dar muerte, debo ponerlos yo, o debemos ponerlos nosotros al servicio de Dios para que den vida.

Meditemos las Sagradas Escrituras, hermanos, con verdadero espíritu de reparación y sacaremos la consecuencia.

Nos dice de nuevo el Espíritu Santo por medio de San Pablo: *«Que no reine pues el pecado en vuestro cuerpo mortal obedeciendo a sus concupiscencias; ni deis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado, sino ofreceos más bien a Dios como quienes muertos han vuelto a la vida y dad vuestros miembros a Dios como instrumentos de Justicia»* (Rom 6, V3).

Hermanos, permanezcamos en el Espíritu del Señor, para que asistidos por Su gracia se haga realidad en nosotros esa “muerte” del hombre viejo: pecado, para que naciendo a una nueva vida seamos en Cristo instrumentos de Justicia de acuerdo a la Voluntad del Padre.

Que nuestra Santísima Madre, María, nos enseñe a vivir de corazón ese *fiat*” que tuvo el poder de atraer al mismo Dios.

Que la paz del Señor permanezca en nuestras almas.

la esclava del Señor

(pp. 49-53)

En esta segunda carta se pone de manifiesto la realidad íntima de una conciencia que abarca la totalidad de los seres humanos, en una Unidad que solamente el Amor mismo puede realizar y de hecho está realizando hoy, en este corazón que se le ofrece incondicionalmente.



Preguntas y Respuestas

-Enero 1984-

Estas respuestas nos atraen más a la experiencia extraordinariamente particular de la esclava del Señor. En las vivencias maravillosas de esta alma tan especial, las demás almas podemos mirarnos y reconocernos durante ese camino que individual y colectivamente debemos recorrer hasta llegar a identificarnos con la Voluntad Divina.

10. *¿Podrías explicarme qué es esa liberación que Cristo nos ofrece con sus méritos y cuál es esa Doctrina que Él nos ha dejado?*

En verdad te digo que cuando escribí esta carta no hacía distinción entre Jesús y Cristo, porque en realidad es uno mismo: Jesucristo; pero ya que me haces esa pregunta voy a contestártela tal como lo veo ahora: Cristo es la actividad de lo Divino, esto es, la actividad del Unigénito en la Naturaleza Humana, el Hombre;

Jesús es el hombre que mediante la negación propia para obedecer a la Voluntad del Padre dejó actuar en sí mismo al Unigénito, y esa actividad del Unigénito, Cristo, redimió en el cuerpo de Jesús a la Naturaleza Humana que estaba sujeta a la actividad del ángel. Así pues, la negación propia de Jesús

es el mérito que hizo posible la liberación de la Naturaleza Humana que se encontraba bajo la esclavitud del ángel desde que el hombre, Adán, obedeció al ángel desobedeciendo a la Voluntad de Dios. La Doctrina que Cristo nos dejó es precisamente la vida práctica de Jesús contenida en los Evangelios, que consiste en la negación de sí mismo para cumplir la Voluntad del Padre.

11. Si esa liberación se dio en el cuerpo de Jesús, ¿qué relación tiene con nosotros, los demás seres humanos?

La relación es de esencia, porque en el cuerpo de Jesús no se estaba redimiendo un simple ser humano sino el Hombre, la Naturaleza Humana, de quien dependen esencialmente por naturaleza todos los seres humanos.

12. Siendo así, ¿por qué habiéndose redimido la Naturaleza Humana en Jesús, los seres humanos, aunque libres, seguimos sujetos a la actividad del ángel y sentimos en nosotros mismos el mal, el egoísmo, el pecado?

Los seres humanos quedamos libres en cuanto a nuestra Naturaleza Humana, al ser rescatada la Libertad, pero no en cuanto a nuestro ser humano, quien debe ejercer su libre albedrío en conformidad con la vida de Jesús, negación de “sí mismo, para alcanzar en la Unidad de la Naturaleza Humana la verdadera y única Libertad, fruto de la Redención. El ser humano que no se identifique a través de la negación propia con su Naturaleza Humana deja de ser hombre, ya que se está desidentificando de su propia Naturaleza. Esto se puede comprender mejor a través de las reflexiones del libro La “Nueva Tierra”, ya que es lo mismo que sucedió entre la Naturaleza Divina, el Unigénito, y las partículas Acción, los ángeles, las cuales se desidentificaron de su propia Naturaleza, que es la Naturaleza Divina.

15. *¿Quieres decir que los sacramentos sin la realización de éstos en la vida práctica no redimen al hombre de su condición caída de pecado?*

Sí, eso quiero decir. No lo redimen, pues los sacramentos no operan mágicamente. La redención es realizada por la actividad de lo Divino en el hombre y ésta no puede darse si el hombre está orientado a sí mismo. Por eso es necesaria e imprescindible la negación propia para ser redimido de la acción del ángel. Esa actividad de lo Divino es Cristo, y fue quien redimió a la Naturaleza Humana en el cuerpo de Jesús. Los sacramentos son los signos externos, que recibidos en la fe pueden ayudar al ser humano a tomar conciencia de la Realidad que ellos representan, Realidad que se encuentra en el hombre mismo y que sólo a través de la negación propia se manifiesta efectivamente.



TERCERA CARTA

Caracas, 3 de abril de 1963

A mis hermanos en el Corazón de la Madre:

¡Oh, hermanos! ¿Cómo no voy a darles las palabras que Él me da, siendo que Él para esto me ha enviado?

¡Cuan maravillosas son las obras del Señor en cada uno de sus hijos y cuan deleitoso es habitar con Él en cada uno de los hermanos!

¡Cuan rectos son sus caminos y cuan verdaderos son sus

juicios!

¿Quién podrá conocer sus pensamientos y mucho menos descubrir sus sentencias?

¿Acaso pueden los hombres hacer cálculos sobre sus obras?
¿No son ellas infinitas como infinito es el Hacedor?

Oh, hermanos, cuan necia sabiduría la de los hombres que van levantando espesa “pared” de juicios, que no les permite ver el Sol que tras ella viene refulgente a iluminar. Sí, a iluminar a aquellos que siendo “pequeñitos”, “hormiguitas” que no han podido volar y menos alcanzar la “pared” que han levantado los “grandes” se arrastran bajo ella y dan cara a cara con el “Sol”.

¡Oh “Sol”, que abrasa a las “hormigas” y las convierte en su misma Luz! Partículas de esa Luz que vino a iluminar el mundo y que nadie ha podido apagar. Cada intento por apagarla no ha hecho más que multiplicarla, porque cada “hormiga” que muere es una luz que se levanta.

Es por ello que hoy, cuando el “príncipe de las tinieblas” prepara el golpe final, las “hormiguitas” iluminadas por el Sol, burlando la gruesa “pared”, desaparecen de vista y bajo tierra donde nadie las ve van perdiéndose en lo profundo para salir allí donde mismo nace el Sol.

Hermanos muy amados, seamos “hormiguitas”, vayamos a lo profundo, sin pretensiones de brillar. Y cuando nuestro Dueño nos quiera como “luciérnagas” brillando en las tinieblas, no nos olvidemos que Su Luz es la que brilla, que nunca la “hormiguita” por ella misma puede iluminar.

Y atentos estemos, hermanos, en conocer la Luz de la “luciérnaga”, ésta nunca es fija: ilumina y se vuelve a apagar. Es que nuestro Dueño con ese apagarse y volver a brillar nos quiere recordar: que debemos regresar a “lo profundo” hasta que Él mismo nos vuelva a llamar.

Hay una luz fija, que no es luz de verdad y sólo sabe brillar,

pero nunca iluminar, de ella debemos desconfiar: Son “aves de rapiña” que nos pueden prestar sus ojos para hacernos desviar.

Oh, hermanos, no juzguemos jamás de ninguno de nuestros hermanos: si permanece como hormiga en lo profundo o sale como luciérnaga a iluminar, cumple la voluntad del Amo, y eso sólo el Amo lo sabrá.

Cada uno de nosotros permanezca con los hermanos en el Corazón del Amo. Solamente así podremos ayudar a cada hermano, porque si nos salimos fuera del

Corazón del Amo para salvar al hermano: dos hijos perderá el Amo.

Gracias, Señor, por la luz que nos das en este día. Cuida de ella, Señor, para que no se nos vaya a apagar...

«La luz es mía, y a quien la doy nunca la vuelvo a quitar. Pero vosotros debéis alimentar la “lamparita” porque si falta el “aceite” no puede alumbrar».

Oh, Señor, perdona si vuelvo a insistir. Tú nos conoces: danos una fuente de “aceite” para que nunca nos llegue a faltar.

«La fuente os daré, pero vosotros limpia la debéis conservar para que el “aceite” no deje de brotar».

Oh, Señor, ¿a limpiarla también Tú nos ayudarás? Porque sin Ti, estoy segura, nada podemos hacer.

«Mientras no me desechéis, también esto lo haré».

¡Gracias, mi amado Señor!

Hermanos, ya lo sabemos, Él no falta a Su palabra. Nosotros permanezcamos en su Amor.

Que así sea.

la esclava del Señor

(pp. 93-96)

Desde el comienzo de su misión con las almas, como lo revela esta tercera carta, la esclava del Señor nos enseña a “ir a lo profundo”, al encuentro de nuestra más profunda realidad, alertándonos al mismo tiempo contra los “enemigos” que encontraremos en el camino emprendido, tan desconocido para la mayoría de nosotros.



Preguntas y Respuesta

- Marzo 1985 -

1. Veo en el primer párrafo el resumen de lo que se ha dado en tu vida y en tu misión y me gustaría que fueses tú misma quien pudiera hablarnos de ella, ¿podrías hacerlo?

Lo único que puedo decirte es que desde el día que tuve conciencia de mí nada y el Todo progresivamente fui olvidándome de mí y Él me fue tomando, sintiendo que yo sólo debía ser un instrumento en sus manos y que lo que de mí saliera fuera lo Suyo y no lo mío, dejando que Él mismo se ocupara de todas mis debilidades e imperfecciones, etc., no importando la imperfección del instrumento, lo importante es que éste estuviera siempre a su disposición. Cualquier otra cosa que dijera se apartaría de la realidad ya que sólo Él puede dar a conocer lo que hace en y con las almas que a Él se entregan y qué misión cumplen éstas en Su Obra.

2. ¿Quieres decir con esto que la imperfección humana y la carencia de virtudes no son impedimento para ser instrumento del Señor? ¿Y el pecado?

El único impedimento para ser instrumento del Señor es

poner la mirada en nosotros mismos, el egoísmo. Si piensas en tener virtudes te estás mirando a ti mismo. El pecado consiste en “ocultarse” de Dios, hacer algo que no puedas realizar en Su Presencia.

3. Si uno no pone la mirada en sí mismo ¿cómo puede conocerse a sí mismo?

No es lo mismo poner la mirada en sí mismo que conocerse a sí mismo. Poner la mirada en sí mismo es tomar el “yo” como centro, detenerse en el camino, bien sea para complacerse en sus virtudes, en lo que es, o deprimirse por sus defectos, en lo que no es. El conocimiento de sí mismo consiste en el conocimiento de su nada, su “yo”, frente al Todo, su Ser; y siendo nada frente al Todo lo que mira es al Todo, haciendo de Él su Centro; ¿cómo se va a mirar a sí mismo (el “yo”) si es nada?

4. ¿Cómo y cuándo podemos alcanzar el conocimiento de nosotros mismos y cómo es que éste nos conduce al conocimiento del Todo y la nada?

El conocimiento de uno mismo, la nada, el “yo”, y el conocimiento del Todo, el Ser, es una toma de conciencia que se alcanza cuando el ser humano ha llegado al término de su evolución natural y debe dar “el salto en el vacío”, posponiendo sus facultades naturales para dar primacía a las exigencias de lo Divino: esto sería la negación propia, la negación de sí mismo, del “yo”.

5. Me doy cuenta por lo que dices de que hay tres niveles de la nada: una es esa conciencia del Todo y la nada de la que me hablas, la cual desconocemos la gran mayoría; la segunda sería la nada que actualmente muchas veces experi-

mento al palpar la indigencia e impotencia de mi naturaleza caída, que por momentos me hunde en un terrible vacío y soledad interior; y una tercera de la cual he oído hablar que es la nada absoluta -negativa, que han experimentado algunos hombres como Sartre, Camus y otros. ¿Qué puedes decirme de todo esto?

Experimentar la impotencia e indigencia de la propia naturaleza como una realidad vivencial, aceptándola con humildad, es la toma de conciencia progresiva de la nada, el “yo”, para alcanzar la conciencia del Todo, el Ser. La otra nada a la que te refieres como absoluta-negativa no es distinta de la toma de conciencia de la nada y el Todo, sino que no se ha aceptado efectiva y vivencialmente la muerte propia para someter al “yo”, la nada, al Ser, el Todo, y viviéndose en el “yo”, cuando éste ya no tiene nada que buscar en el estado de este mundo, es la experiencia más negativa que puede vivir el ser humano ya que ha perdido aquel que era su centro: el “yo”, pues ya no puede centrar sus aspiraciones en el “yo”, como antes de haber tenido la experiencia de la nada, y vive sin esperanza ni fe en un mundo que ya no tiene nada que ofrecerle, pues, al no negarse a sí mismo, no descubre al Ser que le da realidad a todo lo creado como es el caso de quien negándose a sí mismo ha tomado como centro al Ser de todo y de todos y en Él, todo, hasta lo más insignificante, cobra una nueva vida. Son tres estados que pueden compararse a lo que llaman cielo, purgatorio e infierno que cada ser humano llega a experimentar en diferentes momentos de su vida.

8. *Si uno tiene defectos ¿cómo puede ser perfecto siendo lo que “es”? Entonces cuando Jesús dice: «Sed perfectos como mi Padre es perfecto» ¿qué quiere decir con esto?*

Desde el momento en que uno reconoce un defecto ya está reconociendo que está *siendo* lo que no es, entonces debe

esforzarse en ser lo que es y a través de este esfuerzo alcanza la perfección. Debemos ser perfectos ante Dios, según nuestra propia conciencia y no ante los hombres según sus juicios. Por ejemplo., la naturaleza es perfecta: una flor, un árbol, un animal, porque no dejan de ser lo que son; solamente el ser humano se empeña en aparentar ser lo que no es.

Cuando Jesús dice: *«Sed perfectos como mi Padre es perfecto»*, está diciendo que debemos ser lo que somos sin dejarnos condicionar por lo externo, así como el Padre es lo que “ES” y no es condicionado por nada externo ya que *«hace salir el sol para buenos y malos y llueve sobre justos e injustos»*. Por eso dice también: *«Estad atentos a no hacer vuestra justicia delante de los hombres para que os vean; de otra manera no tendréis recompensa ante vuestro Padre que está en los cielos»*. Quien llega a ser lo que es, su amor no está condicionado' al otro, sino que brota espontáneo, sin condicionamiento alguno y sin esperar recompensa; amar es una exigencia de su misma esencia que le pone en armonía consigo mismo, con su propio Ser, el que “ES”. Todo amor condicionado es egoísmo.

21. *¿Cómo no podemos juzgar a nuestros hermanos, ya que aunque no queramos hacerlo siempre hacemos juicio de sus actos?*

Una cosa es juzgar al hermano y otra cosa es juzgar de sus actos. No podemos dejar de juzgar los actos de una persona, pues éstos se presentan inmediatamente ante nosotros y juzgamos de ellos de acuerdo al estado de conciencia que tenemos; ése es un juicio para nosotros mismos y no para el hermano, se nos manifiesta aquello que nosotros debemos o no debemos hacer, pero esto no quiere decir que debemos juzgar con nuestra conciencia al hermano que ha realizado esos actos, pues éste tiene su propia conciencia y sólo él y Dios saben si ha hecho bien o mal; así, pues, nunca debemos

juzgar a las personas aunque podamos tener un juicio de sus actos. Puede ser que la persona ha actuado bien aunque su acto no es bueno para nosotros.



CUARTA CARTA

Roma, 20 de septiembre de 1963

Muy amados hermanos en los Corazones de Jesús y María:

Paz, paz, paz y amor de parte de Ellos. Sí, de parte de Ellos, porque sólo sus Corazones pueden transmitir a los nuestros una paz y un amor verdaderos.

“Paz” y “Amor”. ¡Cuan inverosímiles suenan estas palabras para el mundo, cuando los hombres se debaten en concordatos de paz, mientras en sus corazones dominan sentimientos de odio, precursores de guerra! ¡Pero cuan verdaderas son estas hermosas realidades para las almas que renunciando de todo corazón al “espíritu del mundo” se van haciendo uno solo con el “Espíritu de Dios”, fuente de paz y amor verdaderos!

Hermanos muy amados, no sé por qué mi corazón en este día siente la necesidad imperiosa de comunicarse con vuestros corazones en un grito suplicante: amemos de verdad al Amor, con todas las potencias de nuestra alma y con todo nuestro corazón. Sí, bien lo decía San Francisco: “¡El Amor no es amado, el amor no es amado!”. ¡Oh, Amor Divino, Fuego abrasador, que no terminas de abrasar a esta humanidad porque sus corazones no terminan de abrirse a Ti solamente! ¡Oh, Fuente de Luz, Amor del Padre y del Hijo, que gimes por “no poder” transformar todas las almas en la imagen del Hijo en quien el Padre tiene todas sus complacencias, porque ellas

todavía no terminan de abrazarse a su cruz, principio y fin de toda transformación para una resurrección, en el Primogénito^ de todos los hermanos! ¡Cómo lo comprendió el apóstol y transmitía por inspiración Tuya a los Romanos y en ellos a nosotros!: «*Con Él hemos sido sepultados en el bautismo para participar en su muerte, para que como Él resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva*». ¿Cómo debemos interpretar este “sepultados para participar en su muerte”? Este estar sepultados, hermanos, ¿no será un no vivir de acuerdo a las cosas de este mundo, es decir, a su espíritu para, de esta forma, llegar a una “muerte” verdadera a todo lo que a él se refiere y así llegar a participar de la muerte de Cristo, para que, como Él resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva? Vida semejante a la Suya, algo así como llegar a ser una humanidad suplementaria de Cristo, donde Él mismo en nosotros pueda continuar lo que falta de su Pasión. Porque si nuestro cuerpo, hombre viejo, ha sido crucificado, quedando destruido el cuerpo del pecado, ya no servimos a éste, sino que servimos a la Justicia de Dios por Cristo Jesús. Eso que falta de su Pasión, no es por Él, sino por nosotros que falta. ¿Pero acaso podemos por nosotros mismos completar aquello que sólo Él, Víctima Inmaculada, podía realizar, satisfaciendo la Justicia Divina?

Imposible a nosotros, cuerpo y espíritu contaminados, realizar tal cosa; pero por Su muerte hemos recibido un don preciosísimo, como una capacidad, que en definitiva depende de nuestra libertad, de que Él pueda realizar en nosotros aquello que nos corresponde en su Pasión.

¡Cuan triste, hermanos, cuando nuestra libertad se empeña en cerrar esa capacidad obstaculizando la entrada a Aquel que vive esperando a que nos abramos, para que transformándonos en Él termine su Pasión y nuestro destierro, descansando en el seno del Padre!...

2:10 p.m. Hermanos, se ha hecho presente Nuestro Señor Crucificado en el instante que escribía lo anterior. No lo han visto mis ojos del cuerpo, pero mi alma sí lo ha “visto” con toda claridad y ha escuchado sus palabras. Ahora mismo, después de haber transcurrido casi tres horas resuenan en mi corazón con la misma intensidad con que fueron pronunciadas. Yo, indigno instrumento del Señor, no puedo hacerme más indigna aún, no transmitiéndoles, por respeto humano, aquellas palabras que Él dijo para todos:

«Hijos míos, escuchadla..., venid a mi Corazón a recoger este Amor que me consume (*y vi un corazón llameante*). Venid a beber de lo que queda de esta Fuente abierta por vosotros y para vosotros (*y vi que de su costado lleno de luz brotaban dos chorros, como de una fuente: uno de agua y otro de sangre; el agua parecía luz y la sangre parecía fuego vivo*). Porque solos quedaréis, hijos míos, y solamente podréis alimentaros de lo que recojáis ahora, mientras queda tiempo».

Vi ahora .como un campo inmenso cubierto de trigo dorado como el sol. Luego vi este trigo recogido todo en una habitación (me pareció que esta habitación era como el alma de cada ser). Al mismo tiempo, este trigo se convirtió en una Hostia resplandeciente y a cada lado de ella había un ángel en actitud de adoración. Fuera de esa habitación, en el campo todo era oscuro y lleno de barro; parecía como si hubiese caído una lluvia de lodo negro y pastoso. Vi que en ese campo estaban diseminados por todas partes unos como ángeles, pero de figura repugnante, como vampiros negros; estos seres asquerosos no podían penetrar en las habitaciones donde estaba la Hostia, pero en aquellas habitaciones que estaban vacías podían tirar adentro de este barro hediondo y negro, en donde ellos se movían. Pasó un momento largo de mucho dolor para mi alma.

Después vi a la Virgen madre: estaba vestida como una aldeana, caminaba por ese campo lleno de trigo que vi antes,

con los pies descalzos y llenos de sangre; en su rostro se veían también huellas de sangre y saliva; se veía que sufría mucho y casi no podía caminar a causa del dolor. Ella llevaba el delantal cogido recogiendo el trigo, el cual ofrecía a una multitud de niños y niñas que estaban todos sucios y hambrientos (estos niños me pareció que representaban a la humanidad entera), pero ellos se iban a coger unas frutas de cardón que había muchas en el campo; ellos al comer esas frutas yo veía que entraban en sus bocas unas como pelusitas o espinitas que les hacían mucho daño, y en nada calmaban su hambre. La mujer que recogía el trigo yo la veía, aunque tenía apariencia de pobre y débil, que por dentro tenía como un manantial de una fecundidad asombrosa y que de ella podía brotar leche, miel y pan, lo cual saciaría el hambre de los niños. Ella me mostraba esta fecundidad además del delantal lleno de trigo, el cual se convertía inmediatamente en pan, y me decía: «¿Lo ves?... Tengo tanto para darles, pero no puedo; ellos no vienen a mí, yo voy a ellos y me desprecian...».

Mi alma lloraba, mi corazón estaba destrozado, porque el dolor de la mujer era también mi dolor. De mis palabras pongo por testigo a mi Señor.

Hermanos, ¿pedís señales...? No lo hagáis. ¿Pedís parecer de doctos y letrados? En justicia seréis confundidos. Porque no tendremos más señal que a Cristo crucificado por nuestros pecados, y no tendremos otra confirmación que su Evangelio y aquellos que no en la letra sino en Espíritu viven.

¿Acaso vamos a cometer la locura de quedarnos en instrumento alguno? Si estos escritos dejan bien a vuestras almas, Cristo Jesús es quien lo hace; si lo contrario, ¿por qué vais a quedaros con ello? Es la imperfección del instrumento, y eso siempre debéis rechazarlo. ¿Quién es Josefina? Una criatura, la más pequeña entre todos vosotros, que por estar segura de ello, se hizo esclava de su Amo. Verdad es que cuando ella

todavía no veía, quizás se creía algo. Pero, hermanos, Dios humilla a los soberbios y les hace conocer su nada y sus miserias, y si éstos permanecen en su nada, Él elige el desecho para que sus obras sean manifiestas.

¿Es que nos vamos a juzgar unos a otros?, o ¿vamos a pretender sostener con nuestras fuerzas al hermano que cae? ¡Insensatos!... Es verdad que somos uvas de un mismo racimo, pero, ¿puede acaso una uva sostener a otra uva? ¿No es el tallo el que sostiene a cada una? ¿Y el tallo quién lo sostiene? ¿No viene él de la rama y ésta del tronco que es la vid? ¿De dónde viene la vida de la uva? ¿No es la savia de la vid lo que la alimenta? Entonces, hermanos, saquemos la conclusión para nosotros: como uvas de un mismo racimo vivamos en la convicción de que sólo la “Savia”, vida de la “Vid”, alimentará la vida de cada uno de nosotros; y que si queremos que no falte una uva de nuestro racimo debemos atraer con nuestra oración suplicante esa “Savia” vivificadora, ya que al pasar Ella por nuestro tallo también pasará por el tallo que sostiene a nuestras uvas hermanas.

¡Oh, Vid Divina, haz que tu Savia engendradora de la Vida nos mantenga unidos a todos en un mismo racimo, a aquel que nuestra Madre hizo florecer en nuestra conciencia una mañana de mayo!

¡Oh, Madre Inmaculada, en cuyo seno la “Savia” hizo el prodigio de plantar esa “Vid” divina, de cuyos frutos hoy vivimos, danos el deseo de gustar solamente esos frutos de los cuales eres tú fiel distribuidora y que, aborreciendo toda otra “comida”, nos alimentemos solamente de ellos, porque, en verdad, son los únicos que saciarán nuestra “hambre” y “sed”!

¡Que así sea! ,

la esclava del Señor

(pp. 125-133)



Preguntas y Respuestas

- Mayo 1998 -

1. *Cuando tú hablas de la paz y el amor que transmiten los Corazones de Jesús y de María a los nuestros, ¿te refieres a algo más que sentimientos?*

Sí, esa paz y ese amor son fruto de la presencia de lo Divino en el ser humano por el olvido de sí mismo, la negación del “yo”. Es la paz y el amor que experimentaron Jesús y María en la tierra al morir al “yo”, olvidados de sí mismos para cumplir la Voluntad del Padre; y cuando nosotros nos determinamos y, de hecho, nos esforzamos en vivir la Voluntad de Dios se da ese olvido de nosotros mismos y experimentarnos esa paz y ese amor que vivieron aquí en la tierra Jesús y María: esto es una consecuencia de vivir en presencia de Dios.

2. *¿Cómo son esa paz y ese amor, a diferencia de los que hemos conocido normalmente a un nivel simplemente humano, donde “dominan sentimientos de odio, precursores de guerra”?*

De acuerdo a mi experiencia de antes y de ahora, puedo decirte que la paz y el amor que se experimentan a un nivel de vida puramente humano, orientados al yo, son muy inestables, porque están condicionados a los acontecimientos externos y a los sentimientos de las otras personas; en cambio, la paz y el amor que se experimentan a un nivel de vida orientada irreversiblemente a lo Divino es una paz y un amor incommovibles que ni tú misma puedes alterar, es una paz que, suceda lo que suceda, ella está ahí en lo más profundo de tu ser, inalterable, y un amor que nada espera del otro, que plena y

sacia amando sin esperar ser amado y que no es condicionado por otros sentimientos contrarios. Es una paz y un amor que no dependen de ti, sino que se han establecido como consecuencia de tu orientación irreversible a lo Divino por el olvido total de ti mismo y allí no cabe el odio, porque el odio es producto del egoísmo, la orientación o afirmación en el yo.

3. *¿Cuál sería el “espíritu del mundo” a que tú te refieres? ¿Cómo se manifiesta en el ser humano y cómo se podría renunciar de todo corazón a él para hacerse uno con el “Espíritu de Dios”, fuente de Paz y Amor verdaderos?*

El “espíritu del mundo” es la acción del ángel orientada a sí misma y no a la Voluntad Divina. Se manifiesta en el ser humano en la orientación al “yo”, el egoísmo.

La única manera de renunciar al “espíritu del mundo” es vivir a ejemplo de Jesucristo: *«Quien quiera venir en pos de mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame»*; esto es: renunciar a toda forma de egoísmo, aceptando cada circunstancia que nos presenta la vida, que no depende de nosotros, por adversa que ella sea, en la convicción de que esa circunstancia es la Voluntad de Dios para nosotros; ésa es la “cruz” de la cual nos habla Jesús. Solamente así podremos identificarnos con el “Espíritu de Dios”, fuente de paz y amor verdaderos, porque mientras estamos orientados al “yo”, está actuando en nosotros un espíritu opuesto, orientado al “yo” y no a Dios, nuestro verdadero Ser.



QUINTA CARTA

Madrid, 20 de noviembre de 1964

Muy amados hermanos en Cristo y María:

¡Oh Amor infinito de nuestro Salvador, que como Buen Pastor que es, lleva a su rebañito hasta la misma Fuente donde, bebiendo esa Agua de Vida calma nuestra sed! ¡Sed de deseos temporales, que queda saciada para abrirnos una nueva y dulce sed de eternidad, de anhelos infinitos de contribuir a la redención de las almas de nuestros hermanos! ¡Sed que no quedará saciada hasta que no veamos entrar la última alma ocupando el puesto que está vacío y le corresponde en la Obra de la Redención!

¡Oh María, la más hermosa y amante de las madres, cómo has preparado, sigues preparando y conduces a las ovejitas que se acogen a tu “sombra” poniéndolas tú misma en brazos del Buen Pastor qué las conduce a la misma Casa del Padre!

¡Oh Madre! ¡Cómo se inflama de amor mi corazón al contemplar el espectáculo maravilloso de tu “nada” y tu “realeza”: la esclava del Señor constituida en Madre de Dios! ¡Reina y Madre de toda la humanidad! ¡Oh Madre, enséñanos a descender allí mismo desde donde tú fuiste elevada para poder gozar contigo en el reino de tu Hijo, donde eres tú, Madre, la primera soberana!

Oh, hermanos, al querer escribirles me atrajo este abismo insondable de donde el Padre con su Amor Atrajo a la “nada” y allí encontré a nuestra Madre. No sé cómo expresarles esto que ha experimentado mi alma y que si Dios al querer escribirles tal gracia me ha dado debe ser que no debo para mí sola guardarla, eso sería hacer un robo de las cosas de Dios a mis hermanos.

No encuentro palabras que puedan expresar lo que he vivido y estoy viviendo aún en estos instantes. Sólo puedo decirles mis amados hermanos: descendamos más y más nosotros hasta llegar a esa “nada” que somos, para que Aquel que hizo de ella su Madre haga de nosotros algo así como lo que Él en ella se hizo: Hijo del hombre tomando de tal Madre la carne, nosotros en ella seremos “hijos de Dios” tomando del Hijo la Vida como lo hizo la Madre.

Hermanos, no sé si me he explicado. Después de haber recibido ese Mensaje que les mando mi alma ha quedado como suspendida entre el Infinito y ese abismo de la “Nada”. Quiero decirles muchas cosas, pero no puedo; irresistiblemente me atraen esos dos extremos la “nada” y el “Todo”, pero no se llega a Este sin estar en aquél. En el primero he encontrado a nuestra Madre, que como un lirio que crece muy alto va a dar a ese “Todo” y es allí donde se abre eré flor. Pero esto me hace comprender algo muy simple y a la vez maravilloso: no brotaría la flor si la raíz no hubiese permanecido en su principio, la “nada”. La semillita crece mejor y se hace un árbol si la raíz no es movida de donde nació. Nosotros de la “nada”, fuimos creados, allí en la “nada” debemos arraigar para llegar a ser lirios que en el Infinito, en su Creador, den su flor.

¿Por qué nos dejamos tan fácilmente transplantar? Viene nuestro “enemigo” mueve nuestra raíz y el lirio no crece verticalmente sino que se desparrama, se vuelve una cepa de hojas y cuan difícil llega a ser flor que traspase los espacios y llegue hasta su Creador.

.....*

la esclava del Señor

(pp. 153-156)

* Continúa dirigiéndose a las personas individualmente a

quienes iba dirigida esta carta.

Esta quinta carta no ha sido objeto de preguntas y aclaraciones, por sí sola ilumina con una claridad inequívoca el principio de todo ser humano y el verdadero camino de su realización: la “nada”, lo único que puede llevarlo al Todo.